

De la democracia en América.

PRIMERA PARTE

Influencia de la democracia en el movimiento intelectual
en los Estados Unidos.

CAPÍTULO PRIMERO

Del método filosófico de los americanos.

Pienso que no hay en el mundo civilizado país en donde se cuiden menos de la filosofía que en los Estados Unidos. Los americanos no tienen escuela propia filosófica y se fijan tan poco en las que dividen la Europa, que apenas conocen los nombres de ellas.

Es fácil observar, sin embargo, que casi todos los habitantes de los Estados Unidos dirigen sus actividades intelectuales de la misma manera y las conducen según los mismos principios; es decir, que poseen cierto método filosófico que los es común, sin que jamás hayan cuidado de estudiar sus reglas.

Escapar al espíritu de sistema, al yugo de las costumbres, de las máximas de familia, de las opiniones de clase y hasta cierto punto de las preocupaciones nacionales; no tomar la tradición sino como un indicio y los hechos presentes como un estudio útil para obrar de otro modo distinto y mejor; buscar por sí mismo y en sí mismo la razón de las cosas y dirigirse al resultado, sin de-

tenerse en los medios; consultar el fondo, sin mirar la forma, tales son los principales rasgos que caracterizan lo que yo llamaré método filosófico de los americanos. Si voy más adelante y entre estos diversos caracteres busco el principal y el que puede resumir casi todos los otros, descubro que en la mayor parte de las operaciones del entendimiento, cada americano recurre solamente al esfuerzo individual de su razón.

La América es, pues, uno de los países del mundo en donde se estudian menos los preceptos de Descartes y en donde se siguen con más exactitud. Esto no debe sorprender: los americanos no leen las obras de Descartes, porque su estado social los distrae de los estudios especulativos, y si siguen sus máximas, es porque este mismo estado social dispone naturalmente su espíritu á adoptarlas.

En medio del movimiento continuo que reina en el seno de una sociedad democrática, el lazo que une las generaciones entre ellas se afloja ó se rompe, y cada uno pierde fácilmente el rastro de las ideas de sus abuelos ó se fija muy poco en ellas.

Los hombres que viven en una sociedad semejante, no pueden tampoco apoyar sus creencias en las opiniones de la clase á que ellos pertenecen, porque ya no hay, por decirlo así, clases, y las que existen todavía, se componen de elementos tan débiles y movedizos que el cuerpo no puede ejercer un verdadero poder sobre sus miembros.

En cuanto á la acción que puede ejercer la inteligencia de un hombre sobre la de otro, necesariamente ha de ser muy limitada en un país donde los ciudadanos, casi todos iguales, se ven tan de cerca, y no advirtiendo en ninguno de ellos las señales de una grandeza y de una superioridad incontestables, se vuelven sin cesar hacia su propia razón, como al origen más visible y más próximo de la verdad. Entonces no sólo se destruye la confianza en tal ó cual hombre, sino hasta el gusto de creer á cualquiera bajo su palabra. Cada uno se encierra dentro de sí mismo, y desde allí pretende juzgar al mundo.

Esta costumbre de los americanos de buscar en sí mismos las reglas del discernimiento, conduce su espíritu á otros hábitos, pues viendo que pueden resolver sin ningún auxilio las pequeñas dificultades que presenta su vida práctica, deducen fácilmente que

nada hay en el mundo de inexplicable, y que nada se extiende más allá de los límites de la inteligencia. Así es que ellos niegan lo que no pueden comprender, dando por lo mismo muy poco crédito á lo extraordinario, y concibiendo una repugnancia, casi invencible, por lo sobrenatural.

Como tienen costumbre de referirse á su propio testimonio, desean ver con claridad el objeto que les ocupa, desembarazándolo cuanto pueden del velo que lo cubre y alejando todo lo que los separa de él y se lo oculta, á fin de observarlo más de cerca y á plena luz. Esta disposición de su espíritu los conduce á despreciar las formas, que consideran como velos inútiles colocados entre ellos y la verdad. No han tenido, pues, necesidad de aprender en los libros su método filosófico, porque lo han encontrado en sí mismos; y otro tanto ha sucedido en Európa, donde este método no se ha establecido y generalizado sino á medida que las condiciones han llegado á ser más iguales y los hombres más semejantes.

Consideremos por un momento el encadenamiento de los tiempos. En el siglo xvi, los reformadores someten á la razón individual algunos de los dogmas de la antigua fe, pero continúan substrayendo á la discusión todos los demás. En el xvii, Bacon, en las ciencias naturales y Descartes, en la filosofía propiamente dicha, anulan las fórmulas recibidas, destruyen el imperio de las tradiciones y trastornan la autoridad del maestro.

Los filósofos del siglo xviii generalizan, en fin, el mismo principio y tratan de someter al examen individual de cada hombre el objeto de todas sus creencias. ¿Quién no ve que Lutero, Descartes y Voltaire se sirvieron del mismo método y que no difieren sino en el mayor ó menor uso que han pretendido que de él se haga? ¿De dónde viene que los reformadores se hayan encerrado tan estrechamente en el círculo de las ideas religiosas? ¿Por qué Descartes, no queriendo servirse de su método sino en ciertas materias, bien que lo hubiese puesto en estado de aplicarse á todas, declaró que no debían juzgarse por sí mismo sino las cosas filosóficas, pero no las políticas? ¿Cómo es que en el siglo xviii se han sacado, de golpe, de este mismo método aplicaciones generales que Descartes y sus predecesores no habían conocido ó habían rehusado descubrir? ¿De dónde viene, en fin, que en esta época el método de que hablamos saliese súbitamente de las escuelas para pe-

netrar en la sociedad y venir á ser la regla común de la inteligencia y que después de haber sido popular entre los franceses se haya adoptado manifiestamente ó seguido en secreto por todos los pueblos de la Europa?

El método filosófico pudo nacer en el siglo xvi, y fijarse y generalizarse en el xvii; pero no podía ser comúnmente adoptado en ninguno de los dos, porque las leyes políticas, el estado social y los hábitos del entendimiento que emanan de estas primeras causas, se oponían á ello. Descubierto en una época en que los hombres empezaban á igualarse ó asemejarse, no podía ser seguido por la generalidad, sino en tiempos en que las condiciones viniesen á ser iguales y los hombres casi semejantes. El método filosófico del siglo xviii no es sólo francés, sino democrático, y he aquí porque ha sido tan fácilmente admitido en toda Europa, cuya faz ha contribuído tanto á cambiar. El trastorno que los franceses han ocasionado en el mundo no consiste en que hayan cambiado sus antiguas creencias, sino en que han sido los primeros en extender y sacar á luz un método filosófico con cuyo auxilio se podía atacar fácilmente todas las cosas antiguas y abrir el camino á las nuevas.

Si se me preguntase ahora por qué tal método se sigue hoy con más rigor y se aplica con más frecuencia entre los franceses que entre los americanos, en cuyo seno la igualdad es más completa y más antigua, responderé que eso depende de dos circunstancias, que, desde luego, procuraré hacer comprender bien.

La religión es la que ha dado origen á las sociedades anglo-americanas, de lo cual es preciso no hacer abstracción. En los Estados Unidos la religión se mezcla en todos los usos nacionales y con todos los sentimientos que hace nacer la patria, y esto le da una fuerza particular. A esta razón poderosa se añade otra, que no lo es menos. En América la religión se ha puesto, por decirlo así, ella misma sus límites; el orden religioso es enteramente distinto del orden político, de suerte que han podido cambiarse las leyes antiguas sin alterar las antiguas creencias.

El cristianismo ha conservado, pues, un grande imperio en el espíritu de los americanos, y debe observarse sobre todo, que no reina como una filosofía que se adopta después de examinada, sino como una religión que se cree sin discutirla.

En los Estados Unidos, las sectas cristianas varían sin término y se modifican constantemente; pero el cristianismo es un hecho establecido é irresistible que nadie pretendió allí atacar ni defender.

Los americanos habiendo admitido sin examen los principales dogmas de la religión cristiana, se ven obligados á recibir del mismo modo un gran número de verdades que dependen y nacen de éstos; lo cual encierra en límites estrechos el análisis individual y le sustrae muchas de las más importantes opiniones humanas.

La otra circunstancia de que he hablado es ésta: los americanos tienen un estado social y una constitución democrática; pero no han tenido revolución democrática, sino que han llegado casi como hoy se hallan al suelo que ocupan, y esto merece atención.

No hay revolución que no conmueva las antiguas creencias, debilite la autoridad y oscurezca las ideas comunes. Toda revolución tiende á entregar á los hombres á sí mismos y abrir delante del espíritu de cada uno un espacio vacío y sin límites.

Cuando las condiciones llegan á igualarse, después de una larga lucha entre las diversas clases de que se formaba la antigua sociedad, la envidia, el odio y el desprecio de los otros, y el orgullo y la confianza extremada en sí mismo, invaden, por decirlo así, el corazón humano, y fijan en él por algún tiempo su dominio. Esto, además de la igualdad, contribuye poderosamente á dividir á los hombres, á hacer que desconfíen los unos de los otros y á que no busquen la razón sino en sí mismos.

Cada uno trata entonces de bastarse á sí propio, y hace depender su gloria de formarse sobre todas las cosas creencias que le sean peculiares. Los hombres se relacionan por intereses, mas no por ideas, y podría decirse que las opiniones humanas se agitan por todos lados, sin fijarse ni reunirse.

Así, la independencia de espíritu que la igualdad supone, no es nunca tan grande ni parece tan excesiva, como en el momento en que ésta empieza á establecerse, y mientras dura el penoso trabajo que la funda. Debe distinguirse con cuidado, pues, la clase de libertad intelectual que la igualdad produce, de la anarquía que la revolución trae consigo. Considérense aparte cada una de estas dos cosas, para no concebir ni esperanzas, ni temores exagerados del porvenir.

Creo que los hombres que vivan en las sociedades nuevas harán frecuentemente uso de su razón individual; pero estoy muy lejos de pensar que abusen de ella á menudo.

Esto depende de una causa más generalmente aplicable á todos los países democráticos, y que al fin debe retener dentro de límites fijos, algunas veces estrechos, la independencia individual del pensamiento.

Voy á explicarla en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO II

De la fuente principal de las creencias en los pueblos democráticos.

Las creencias dogmáticas son más ó menos en número, según los tiempos. Nacen de modos diferentes y acaso mudan de forma y objeto, mas no se puede impedir que haya creencias dogmáticas; es decir, opiniones que los hombres reciben confiadamente y sin discutirías. Si cada uno pretendiera formar por sí mismo todas sus opiniones y buscar aisladamente la verdad en el camino abierto por él solo, no es probable que un gran número de hombres tuvieran creencias comunes.

Es fácil comprender, pues, que no puede haber sociedad que prospere sin creencias iguales ó mejor, que no hay ninguna que de esta manera subsista, porque sin ideas comunes no hay acción común, y sin acción común puede haber individuos, pero no un cuerpo social, pues para que haya sociedad y, más todavía, para que prospere, hay necesidad de que todos los ánimos se hallen siempre unidos mediante algunas ideas principales, y esto no puede suceder sin que cada uno de ellos deduzca sus opiniones de un mismo principio, y convenga en recibir un determinado número de creencias preparadas de antemano.

Considerando ahora al hombre aparte de los demás, encuentro que las creencias dogmáticas no le son menos indispensables para vivir solo que para obrar en común con sus semejantes.

Si el hombre tuviera la necesidad de probarse á sí mismo todas las verdades de que se sirve diariamente, no acabaría nunca por cierto; se entretendría en demostraciones previas, sin adelantar

un paso. Como no tiene tiempo, dada la brevedad de la vida, ni facultades, á causa de los limitados de su inteligencia, para obrar de este modo, se ve obligado á considerar como ciertos mil hechos y opiniones que no ha tenido ni el tiempo ni el poder de examinar por sí mismo, pero que otros más capacitados hallaron ó ha adoptado la multitud.

Sobre esta primera base levanta el hombre el edificio de sus ideas propias. Pero no es llevado por su voluntad á obrar así, lo es por la inflexible ley de su condición.

No hay filósofo tan grande en el mundo que no funde un millón de creencias en la fe de otro, y que no suponga muchas verdades más, de las que hay establecidas. Esto no sólo es necesario, sino conveniente. Un hombre que emprendiese examinarlo todo por sí mismo, no podría prestar bastante atención á cada cosa: este trabajo tendría su espíritu en una agitación perpetua que le impediría penetrar profundamente ninguna verdad y fijarse con solidez en ella. Su inteligencia sería á la vez independiente y débil. Es necesario, pues, que entre los diversos objetos de las opiniones humanas, elija y adopte muchas creencias sin discutir las, á fin de profundizar mejor el pequeño número cuyo examen se reserve. Es verdad que todo hombre que recibe una opinión que otro ha emitido esclaviza su inteligencia; pero ésta es una esclavitud útil que permite hacer buen uso de la libertad.

Es, pues, indispensable que la autoridad se encuentre de algún lado en el mundo intelectual y moral; su puesto varía, pero no desaparece. Así la cuestión, no es de saber si existe una autoridad intelectual en los siglos democráticos de lo que se trata, sino solamente dónde se halla y hasta dónde se extiende.

Ya he mostrado en el capítulo precedente que la igualdad de las condiciones hacía concebir á los hombres una especie de incredulidad por lo sobrenatural, y una idea muy alta y frecuentemente exagerada de la razón humana.

Los hombres que viven en estos tiempos de igualdad, son difícilmente conducidos á colocar el poder intelectual á que se someten ni encima, ni fuera de la humanidad. Así es que siempre buscan en sí mismos ó en sus semejantes el origen de la verdad. Esto basta para probar que no podría establecerse en el día una religión nueva, y que todas las tentativas para hacerla nacer, no sólo se-

rían impías, sino ridículas é irracionales. Puede preverse desde luego que los pueblos democráticos no creerán fácilmente en las misiones divinas, se burlarán con gusto de los nuevos profetas y querrán encontrar en los límites de la humanidad y no más allá, el árbitro principal de sus creencias.

Cuando las condiciones son desiguales y los hombres desemejantes, hay algunos individuos muy ilustrados y poderosos por su inteligencia, y una multitud muy ignorante y harto limitada. Los que viven en tiempos de aristocracia son conducidos naturalmente á tomar por guía de sus opiniones la razón superior de un hombre ó de una clase, encontrándose poco dispuestos á reconocer la infalibilidad de la masa.

En los siglos de igualdad sucede lo contrario, porque á medida que los ciudadanos se hacen más iguales, disminuye la inclinación de cada uno á creer ciegamente á un cierto hombre ó á una cierta clase. La disposición á creer á la masa se aumenta, y viene á ser la opinión que conduce al mundo.

La opinión común no sólo es el único guía que queda á la razón individual en los pueblos democráticos, sino que tiene en ellos una influencia infinitamente mayor que en ninguna otra parte. En los tiempos de igualdad, los hombres no tienen ninguna fe los unos en los otros á causa de su semejanza, pero esta misma semejanza les hace confiar de un modo casi ilimitado en el juicio del público, porque no pueden concebir que, teniendo todos luces iguales, no se encuentre la verdad del lado del mayor número.

Cuando el hombre que vive en los países democráticos se compara individualmente á todos los que le rodean, conoce con orgullo que es igual á cada uno de ellos; pero cuando contempla la reunión de sus semejantes y viene á colocarse al lado de este gran cuerpo, bien pronto se abruma bajo su insignificancia y su flaqueza. La misma igualdad que lo hace independiente de cada uno de los ciudadanos en particular, lo entrega aislado y sin defensa á la acción del mayor número.

El público ejerce en los pueblos democráticos un poder singular, de que las naciones aristocráticas ni aun siquiera tienen idea. Él no persuade sus creencias; las impone y las hace penetrar en los ánimos, como por una suerte de presión inmensa del espíritu de todos, sobre la inteligencia de cada uno.

En los Estados Unidos, la mayoría se encarga de suministrar á los individuos una multitud de opiniones ya formadas, y les alivia la obligación de formarlas por sí. Existe un gran número de teorías en materia filosófica, de moral ó de política, que cada uno adopta, sin examen, sobre la fe del público; y si mira de cerca, se encontrará que la religión misma reina allí menos como doctrina revelada que como opinión común.

Yo sé que entre los americanos las leyes políticas son tales que la mayoría rige soberanamente la sociedad; lo cual aumenta demasiado el imperio que ella ejerce sobre la inteligencia, porque nada hay más común en el hombre que reconocer una ciencia superior en el que le oprime.

Esta omnipotencia política de la mayoría en los Estados Unidos, aumenta, en efecto, la influencia que las opiniones del público obtendría sin ella en el juicio de cada ciudadano, pero no la funda. Hay que buscar en la igualdad misma el origen de esta influencia, y no en las instituciones más ó menos populares que hombres iguales pueden darse. Debe creerse que el imperio intelectual del mayor número sería menos absoluto en un pueblo democrático sometido á un rey que en el seno de una democracia pura; pero él será siempre absoluto, y cualesquiera que sean las leyes políticas que rijan á los hombres en los siglos de igualdad, se puede prever que la fe en la opinión común vendrá á ser una especie de religión, de la cual será profeta la mayoría.

Así, la autoridad intelectual será diferente, pero no será menor; y lejos de creer que deba desaparecer, yo conjeturo que fácilmente llegaría á ser muy grande, y que podría suceder que ella encerrase la acción del juicio individual en límites más estrechos de los que conviene á la grandeza y á la felicidad de la especie humana. Veo claramente en la igualdad dos tendencias: una que conduce al ánimo de cada hombre hacia nuevas ideas, y otra que le vería con gusto reducido á no pensar. Y concibo cómo bajo el imperio de ciertas leyes, la democracia extinguiría la libertad intelectual que el estado social democrático favorece; de tal suerte que después de haber roto todas las trabas que en tiempos pasados le imponían las clases ó los hombres, el espíritu humano se encadenaría estrechamente á la voluntad general del mayor número.

Si en lugar de todos los poderes diversos que sujetan y retar-

dan sin término el vuelo de la razón individual, sustituyesen los pueblos democráticos el poder absoluto de una mayoría, el mal no hubiera hecho sino cambiar de carácter. Los hombres no habrían encontrado los medios de vivir independientes; solamente hubieran descubierto, cosa difícil, una nueva fisonomía de la esclavitud. Esto es en lo que se debe hacer reflexionar profundamente á aquéllos que ven en la libertad de la inteligencia una cosa santa, y que no sólo odian al déspota, sino al despotismo. Por mí, cuando siento que la mano del poder pesa sobre mi frente, poco me importa saber quién me oprime; y por cierto que no me hallo más dispuesto á poner mi frente bajo el yugo, porque me lo presenten un millón de brazos.

CAPÍTULO III

Por qué los americanos muestran más aptitud y gusto para las ideas generales que sus padres los ingleses.

Dios no se ocupa, en lo general, de la especie humana. Él ve de una sola mirada y con separación todos los seres de que se compone la humanidad, y descubre en cada uno de ellos las semejanzas que lo unen á los demás y las diferencias que lo aislan.

Dios no tiene, pues, necesidad de ideas generales; es decir, que no necesita unir bajo la misma forma un gran número de objetos análogos para pensar con facilidad.

No sucede así al hombre: si el entendimiento humano emprendiese examinar y juzgar individualmente todos los casos particulares que llaman su atención, se perdería al momento entre la inmensidad de detalles y no vería nada; en tal situación ha tenido que recurrir á un método imperfecto, pero necesario, que prueba su debilidad y que le ayuda.

Después de haber considerado superficialmente un número de objetos y observado su semejanza, les da á todos un mismo nombre, los separa y prosigue su ruta. Las ideas generales no demuestran, pues, la fuerza de la inteligencia humana, sino más bien su incapacidad, porque no existen seres exactamente iguales en la naturaleza, hechos idénticos, ni reglas aplicables indistintamente y del mismo modo á muchos objetos á la vez.

Lo que tienen de admirable las ideas generales, es que permiten al intelecto humano juzgar rápidamente sobre un gran número de objetos á la vez; pero, por otro lado, no le suministran sino nociones incompletas, haciéndole perder siempre en exactitud lo que

le dan en extensión. Á medida que las sociedades envejecen, adquieren el conocimiento de hechos nuevos, y casi sin sentirlo se apropian diariamente algunas verdades particulares.

Á medida que el hombre adquiere más ideas de esta especie, se dispone naturalmente á concebir un mayor número de ideas generales. No es posible ver una multitud de hechos particulares separadamente, sin descubrir al fin el lazo común que los une. Muchos individuos hacen que se conozca la especie; muchas especies conducen por necesidad á la idea del género. El hábito y el gusto de las ideas generales serán tanto mayores en un pueblo, cuanto más antiguas y más intensa sea su cultura.

Pero hay otras razones todavía que incitan al hombre á generalizar sus ideas ó á alejarle de ellas. Los americanos hacen uso más frecuentemente de las ideas generales que los ingleses, y también se complacen más en ellas, lo cual parece muy singular á primera vista, si se considera que estos dos pueblos tienen un mismo origen, que han vivido durante muchos siglos bajo las mismas leyes y que se comunican sin cesar sus opiniones y sus costumbres. El contraste parece aún más patente cuando se fija la vista en Europa y se comparan entre sí los dos pueblos más ilustrados que la habitan. Se dirá que entre los ingleses el espíritu humano no se aparta sino con pesar y con dolor de la contemplación de los hechos particulares para remontarse de allí á las causas, y que él no generaliza sino á despecho de sí mismo.

Parece, al contrario que entre nosotros los franceses, el gusto por las ideas generales ha llegado á ser una pasión desenfrenada, que es necesario satisfacer á cada paso. Yo veo que todos los días se descubren leyes generales y eternas de que antes jamás se ha oído hablar. No hay escritor, por mediano que sea, al cual basten para su ensayo el descubrir verdades aplicables á un gran reino, y que no quede descontento de sí mismo si no ha podido encerrar á todo el género humano en el objeto de su discurso.

Semejante diferencia entre estos dos pueblos ilustrados me asombra. Si vuelvo, en fin, la vista hacia Inglaterra, y observo lo que pasa en su seno, de cuarenta años á esta parte, creo poder afirmar que el gusto por las ideas generales se desenvuelve á medida que la antigua constitución del país pierde su vigor.

El estado más ó menos avanzado de cultura no basta por sí solo

para explicar qué es lo que sugiere al espíritu humano el amor á las ideas generales y lo que derive de ellas. Cuando las condiciones son muy desiguales, y las desigualdades son permanentes, los individuos se hacen poco á poco tan desemejantes, que se diría que hay tantas humanidades distintas como clases; nunca se descubre á la vez sino una sola, y perdiendo de vista el lazo general que las une á todas en el vasto seno del género humano, no se alcanza á ver sino ciertos hombres, y no el hombre.

Aquéllos que viven en estas sociedades aristocráticas jamás conciben ideas muy generales relativas á sí mismos, y esto basta para darles una desconfianza habitual y un disgusto instintivo por ellas.

El hombre que habita en países democráticos no descubre cerca de él sino seres poco más ó menos semejantes; no puede ocuparse de una parte cualquiera de la especie humana sin que su pensamiento se extienda hasta abrazar el conjunto. Todas las verdades son aplicables igualmente y del propio modo á cada uno de sus conciudadanos y semejantes. Habiendo contraído el hábito de las ideas generales en el estudio que más le ocupa y le interesa, lo sigue en todos los otros, y así es que la necesidad de descubrir reglas comunes en todas las cosas, de encerrar un gran número de objetos bajo una misma forma y de explicar un conjunto de hechos mediante una sola causa, llega á ser una pasión ardiente y frecuentemente ciega del género humano.

Nada muestra mejor la verdad de lo que precede que las opiniones de la antigüedad con respecto á los esclavos. Los ingenios más profundos y vastos de Roma y de Grecia no pudieron llegar jamás á esta idea tan general y al mismo tiempo tan sencilla, de la semejanza de los hombres y del derecho igual que al nacer tiene cada uno á la libertad; y aun se esforzaron en probar que la esclavitud estaba en la naturaleza y que existiría siempre. Más diré: y es que todo indica que aun los antiguos que de las clases de esclavos pasaron á ser libres, muchos de los cuales nos han dejado excelentes escritos, consideraban la esclavitud desde este mismo punto de vista.

Todos los grandes escritores de la antigüedad participaban de la adhesión á la aristocracia, de sus maestros ó, á lo menos, la veían establecida sin hacer reparo alguno; su espíritu, después de

extenderse por muchos lados, se encontró limitado de éste, y fué preciso que Jesucristo viniese al mundo para hacer comprender que todos los miembros de la especie humana eran naturalmente iguales y semejantes.

En los siglos de igualdad todos los hombres son independientes unos de otros, aislados y débiles; no se ve ninguno, cuya voluntad dirija de una manera permanente los movimientos de la multitud; en tales tiempos la humanidad parece que marcha casi siempre por sí sola. Para explicar lo que pasa en el mundo es preciso recurrir á algunas grandes causas que, obrando de igual modo sobre cada uno de sus semejantes, los conduce así á seguir todos una misma senda. Esto dirige naturalmente al espíritu humano á concebir ideas generales y á gustar de ellas.

He demostrado que la igualdad de las condiciones lleva á cada uno á buscar la verdad por sí mismo. Es fácil conocer que un método semejante guía insensiblemente el espíritu humano hacia las ideas generales. Cuando yo dejo á un lado las tradiciones de clase, de profesión y de familia, y abandono el imperio del ejemplo para buscar por sólo el esfuerzo de mi razón la vía que se haya de seguir, me inclino á sacar la causa de mis opiniones de la naturaleza misma del hombre; lo cual conduce necesariamente y casi sin notarlo, hacia un gran número de nociones muy generales.

Todo lo que precede acaba de explicar por qué los ingleses muestran menos aptitud y gusto por la generalización de las ideas que sus hijos los americanos y, sobre todo, que sus vecinos los franceses, y por qué los ingleses de nuestros días muestran esto más que lo manifestaron sus padres.

Los ingleses han sido por largo tiempo un pueblo ilustrado y á la par muy aristocrático; sus luces les daban sin cesar una tendencia hacia las ideas muy generales, y sus hábitos aristocráticos los retenían en las ideas muy particulares. De aquí nace esta filosofía á la vez tímida, amplia y estrecha, que ha dominado hasta ahora en Inglaterra, y que conserva aún tantos espíritus oprimidos é inmóviles.

Independientemente de las causas que he señalado arriba, se encuentran otras todavía menos aparentes, pero no menos eficaces, que producen en casi todos los pueblos democráticos el gusto y aun la pasión por las ideas generales.

Es necesario distinguir entre estas clases de ideas. Hay unas que son el resultado de un trabajo lento y minucioso de la inteligencia, y éstas ensanchan la esfera de los conocimientos humanos. Otras que nacen fácilmente de un primero y rápido esfuerzo del espíritu, y no dan sino nociones muy superficiales é inciertas.

Los hombres que viven en los siglos democráticos son muy curiosos, pero tienen poco descanso; su vida es tan laboriosa, tan agitada, tan activa y complicada, que les deja poco tiempo para pensar. Ellos aman las ideas generales, porque les dispensan el estudio de los casos particulares, conteniendo, si puedo explicarme así, muchas cosas bajo un pequeño volumen, y ofreciendo en poco tiempo un gran producto. Cuando después de un examen poco atento y breve, creen descubrir una relación común entre ciertos objetos, no llevan más lejos su investigación, y sin examinar detalladamente cómo estos diversos objetos se parecen ó se diferencian, se apresuran á arreglarlos todos bajo la misma forma á fin de pasar adelante.

Uno de los caracteres distintivos de los siglos democráticos es el gusto que experimentan todos los hombres por las cosas fáciles y los goces presentes. Esto se advierte así en la carrera intelectual como en todas las demás. La mayor parte de los que viven en los tiempos de igualdad están llenos de una ambición á la vez viva y floja; quieren obtener grandes ventajas, pero no á costa de grandes esfuerzos. Estos instintos contrarios los conducen directamente al estudio de las ideas generales, con cuyo auxilio se lisonjean de trazar vastos objetos á muy poca costa y de atraer sin trabajo las miradas del público.

No sé si hacen mal en pensar así, porque sus lectores aborrecen tanto como ellos el profundizar, y no buscan de ordinario en los trabajos del entendimiento sino placeres fáciles é instrucción sin fatiga.

Si las naciones aristocráticas no hacen bastante uso de las ideas generales, ó más bien las miran con un desprecio inconsiderado, los pueblos democráticos se hallan, por el contrario, dispuestos siempre á abusar de esta especie de ideas y á entusiasmarse indiscretamente con ellas.

CAPÍTULO IV

Por qué los americanos no han sido jamás tan apasionados como los franceses por las ideas generales en materias políticas.

He dicho anteriormente que los americanos muestran por las ideas generales un gusto menos vivo que los franceses, y esto es cierto sobre todo respecto á las ideas generales en política.

Aunque los americanos hagan entrar en su legislación infinitamente más ideas generales que los ingleses y se ocupen más que éstos en acomodar las prácticas á la teoría en los negocios humanos, nunca se han visto en los Estados Unidos cuerpos políticos tan decididos por las ideas generales como lo fueron entre nosotros la Asamblea Constituyente y la Convención; nunca se ha apasionado la nación americana toda entera por estas ideas, del modo que lo hizo el pueblo francés del siglo XVIII ni ha mostrado jamás aquella fe tan ciega en la exactitud y verdad de ninguna teoría.

Esta diferencia entre nosotros y los americanos proviene de varias causas y principalmente de las que ahora voy á expresar: los americanos forman un pueblo democrático que ha dirigido siempre por sí mismo los negocios públicos, y nosotros un pueblo democrático que por mucho tiempo no ha podido hacer otra cosa que pensar en la mejor manera de conducirlos. Nuestro estado social nos hacía ya concebir ideas muy generales en materia de gobierno cuando nuestra constitución política nos impedía aún rectificar estas ideas por la práctica y descubrir poco á poco su insuficiencia, mientras que entre los americanos estas dos cosas se equilibran y se corrigen naturalmente.

A primera vista parece que esto se opone á lo que he dicho anteriormente de que los pueblos democráticos adquirirían en las agitaciones mismas de su vida práctica el afecto que muestran por las teorías. Un examen detenido prueba que no hay en esto contradicción.

Los hombres que viven en los países democráticos aman mucho las ideas generales, porque tienen poco tiempo desocupado, y estas ideas les dispensan de perderlo en examinar casos particulares; esto es verdad, pero debe entenderse sólo de las materias que no son el objeto habitual y necesario de sus pensamientos.

Los comerciantes acogerán pronto y sin gran examen todas las ideas generales que se les presenten relativas á la filosofía, á la política, á las ciencias y á las artes; pero no recibirán sino después de un examen detenido ni admitirán sin precaución las relativas al comercio.

Lo mismo sucede á los hombres de Estado cuando se trata de ideas generales concernientes á la política.

Cuando hay un objeto acerca del cual es particularmente peligroso que los pueblos se entreguen ciegamente y con extremo á las ideas generales, el mejor correctivo que puede emplearse es hacer que se ocupen todos los días de un modo práctico de ese mismo objeto; para ello, necesariamente, han de entrar en los detalles, y los detalles les harán conocer los defectos de la teoría.

El remedio es comúnmente doloroso, pero su efecto es seguro.

Así es como las instituciones democráticas obligan á cada ciudadano á ocuparse prácticamente del gobierno y moderan el gusto excesivo por las teorías generales que sugiere la igualdad en materias políticas.

CAPÍTULO VI

Cómo sabe servirse la religión en los Estados Unidos, de los sentimientos democráticos.

He establecido en uno de los capítulos precedentes que los hombres no pueden estar sin creencias dogmáticas y que aun debía desearse mucho que las tuviesen. Añado aquí que las creencias dogmáticas en materia de religión son las que nos convienen, lo cual se deduce fácilmente aun en la hipótesis de que no se quiera fijar la atención sino en los intereses de este mundo.

No hay casi ninguna acción humana, por particular que se la suponga, que no nazca de una idea general que los hombres han concebido de Dios, de sus relaciones con el género humano, de la naturaleza de su alma y de sus deberes para con sus semejantes. Estas ideas no pueden dejar de ser la fuente común de donde emanan todas las demás.

Los hombres tienen un gran interés en formarse ideas fijas acerca de Dios, del alma y de los deberes generales para con su Creador y sus semejantes, pues la duda sobre estos puntos principales abandonaría á la ventura todas sus acciones y las condenaría, en cierto modo, al desorden y á la impotencia. Es, pues, importantísimo que sobre esta materia cada uno de nosotros tenga ideas fijas, y desgraciadamente es en la que con más dificultad puede uno, entregado á sí mismo y por sólo el esfuerzo de su razón, llegar á fijarlas. Sólo los espíritus exentos de las preocupaciones ordinarias de la vida, penetrantes, sutiles y muy ejercitados pue-

den, á fuerza de tiempo y de trabajo, profundizar hasta estas verdades tan importantes.

Sin embargo, vemos que esos mismos filósofos se hallan casi siempre rodeados de incertidumbres; que á cada paso la luz natural que los guía se oscurece y amenaza apagarse, y que á pesar de todos sus esfuerzos no han podido descubrir sino un pequeño número de nociones contradictorias, en medio de las cuales el espíritu humano fluctúa constantemente desde hace muchos miles de años, sin poder descubrir la verdad, ni aun siquiera encontrar nuevos errores. Semejantes estudios están fuera de los alcances de la inteligencia media de los hombres; y aunque la mayor parte fueran capaces de entregarse á ellos, es evidente que no dispondrían del tiempo necesario.

La práctica diaria de la vida necesita indispensablemente de ideas fijas acerca de Dios y de la naturaleza humana, y esa misma práctica impide á los hombres el poderlas adquirir.

He aquí una cosa extraña. Entre las ciencias hay algunas útiles á la multitud y que están á su alcance; otras, lo están sólo al de pocas personas, y no se cultivan por la mayoría, que no tiene necesidad sino de sus aplicaciones más remotas; pero la práctica diaria de éstas es indispensable á todos, aunque su estudio sea inaccesible á la mayor parte.

Las ideas generales relativas á Dios y á la naturaleza humana son, pues, entre todas, las que más conviene sustraer á la acción continua del juicio individual, y en las que puede ganarse mucho y perderse poco reconociendo una autoridad.

El primer objeto, y una de las principales ventajas de la religión, es dar á cada una de estas cuestiones primordiales una solución clara, precisa, intangible para la multitud y muy durable.

Hay religiones falsas y muy absurdas; sin embargo, puede decirse que toda religión que permanece en el círculo que acabo de indicar, sin pretender salir de él, como muchas lo han intentado, para detener el vuelo del espíritu humano, impone un yugo saludable á la inteligencia; y es preciso reconocer, que si no salva á los hombres en el otro mundo, á lo menos es muy útil para su felicidad y su grandeza en éste; lo cual es principalmente cierto en cuanto á los hombres que viven en países libres.

Cuando la religión se destruye en un pueblo, la duda se apo-

dera de las regiones más altas de la inteligencia y medio para-
liza todas las otras. Cada uno se habitúa á tener nociones variables
y confusas sobre las materias que más interesan á sus semejantes
y á sí mismo: defiende mal sus opiniones ó las abandona; y como
se siente incapaz de resolver por sí sólo los mayores problemas
que el destino humano presenta, se reduce cobardemente á no
pensar en ellos.

Semejante estado no puede menos de debilitar las almas, de
aflojar los resortes de la voluntad y de preparar los ciudadanos á
la esclavitud.

No sólo ocurre entonces que ellos se dejan usurpar su libertad,
sino que aun, con frecuencia, la abandonan.

Cuando no existe ninguna autoridad en materia de reli-
gión ni en política, los hombres se asustan luego al aspecto de
una independencia sin límites. La perpetua agitación en todas las
cosas, los inquieta y fatiga. Como todo se conmueve en el mundo
de las inteligencias, quieren á lo menos que todo sea firme y esta-
ble en el orden material, y no pudiendo recuperar sus antiguas
creencias, establecen una autoridad.

Yo por mí, dudo que el hombre pueda alguna vez soportar á
un mismo tiempo una completa independencia religiosa y una
entera libertad política; y me inclino á pensar que si no tiene fe,
es preciso que sirva, y si es libre, que crea.

No sé, sin embargo, si esta grande utilidad de las religiones no
es más visible todavía en un pueblo donde las condiciones son
iguales que en todos los otros.

Es necesario reconocer que la igualdad que introduce tantos
bienes en el mundo, sugiere también, como mostraré después,
ideas muy peligrosas, pues tiende á separar á los hombres unos de
otros, de modo que no se ocupe cada uno sino de sí mismo, y abre
en su alma un vasto campo al deseo desmedido de los goces ma-
teriales.

La mayor ventaja de las religiones es la de inspirar idea
del todo contrarias. No hay religión que no coloque el objeto de
los deseos del hombre más allá de los bienes terrestres, y que no
eleve naturalmente su alma á regiones superiores á las de los sen-
tidos. No la hay tampoco que no imponga á cada uno deberes,
cualesquiera que sean, hacia la especie humana ó comunes á ella,

y que no le saque así, de tiempo en tiempo, de la contemplación de sí mismo. Esto se ve aun en las religiones más falsas y peligrosas.

Los pueblos religiosos son, pues, precisamente fuertes en el punto en que los pueblos democráticos son débiles, lo cual hace ver cuán importante es que los hombres conserven su religión al hacerse iguales.

Yo no tengo ni el derecho ni la voluntad de examinar los medios sobrenaturales de que Dios se sirve para establecer una creencia religiosa en el corazón del hombre. No considero en este momento las religiones sino desde un punto de vista puramente humano; sólo indago de qué manera pueden ellas más fácilmente conservar su imperio en los siglos democráticos en que ahora entramos.

He hecho ver que en los tiempos de luces y de igualdad, el espíritu humano no consentía, sino con pesar, en recibir creencias dogmáticas, y que si sentía vivamente la necesidad de ellas era sólo en materia de religión. Esto indica, desde luego, que en tales siglos las religiones deben contenerse con circunspección dentro de los límites que les son propios y no tratar de salir de ellos; porque queriendo extender su poder más allá de las materias religiosas se exponen á no ser creídas en ningún punto. Deben, pues, trazar con cuidado el círculo en que pretenden contener el espíritu humano y fuera de él dejarlo enteramente libre, y abandonarlo á sí mismo.

Mahoma hizo bajar del cielo y colocó en el Corán, no solamente doctrinas religiosas, sino máximas políticas, leyes civiles y criminales y teorías científicas. El Evangelio, al contrario, no habla sino de relaciones generales de los hombres con Dios y entre sí; fuera de esto nada enseña y nada obliga á creer. Entre otras muchas razones basta ésta para probar que la primera de las dos religiones no puede dominar largo tiempo en días de luces y de democracia, mientras que la segunda está destinada á reinar en estos siglos como en cualesquiera otros.

Si llevo más adelante esta misma investigación, hallo que para que las religiones puedan, humanamente hablando, mantenerse en los siglos democráticos, no basta que se encierren cuidadosamente en el círculo de las materias religiosas, sino que su poder depende más bien de la naturaleza de las creencias que profesen,

de las formas exteriores que adopten y de las obligaciones que impongan.

Lo que he dicho antes de que la igualdad conduce á los hombres á ideas muy generales y vastas, debe entenderse principalmente en materias de religión. Los hombres semejantes ó iguales conciben con facilidad la idea de un solo Dios imponiendo á cada uno de ellos las mismas reglas y concediéndoles la felicidad futura al mismo precio. La unidad del género humano los conduce incesantemente á la idea de la unidad del Creador, mientras que los hombres muy separados unos de otros y muy desemejantes, conciben tantas divinidades como hay pueblos, razas, clases y familias, y trazan mil caminos particulares para ir al cielo.

No puede negarse que aun el cristianismo ha sufrido, en cierto modo, esta influencia que ejerce el estado social y político en las creencias religiosas.

Al aparecer la religión cristiana sobre la tierra, la Providencia, que sin duda preparaba el mundo para su llegada, había reunido una gran parte de la especie humana, como un inmenso rebaño, bajo el cetro de los Césares. Los hombres que componían esta multitud diferían mucho unos de otros; pero estaban de acuerdo en un punto principal, cual era el de obedecer las mismas leyes, y cada uno de ellos era tan débil y tan pequeño, relativamente á la grandeza del príncipe, que parecían todos iguales cuando se le comparaban.

Es preciso reconocer que este estado nuevo y particular de la humanidad debió disponer á los hombres á recibir las verdades generales que el cristianismo enseña, y sirve para explicar el modo rápido y fácil con que penetró éste entonces en el espíritu humano.

La segunda prueba se hizo después de la destrucción del imperio. El mundo romano; habiéndose entonces deshecho en mil pedazos, volvió cada nación á su individualidad primitiva. Bien pronto, en el interior de estas naciones mismas, se graduaron las clases hasta el infinito; se señalaron las razas y las castas dividieron cada nación en muchos pueblos. En medio de este esfuerzo común, que parecía conducir las sociedades humanas á subdividirse en tantos fragmentos como era posible concebir, el cristianismo no perdió de vista las principales ideas generales que había sacado á

luz, pero pareció, sin embargo, prestarse tanto como de él dependía á las nuevas tendencias que las fracciones de la especie humana hacían nacer. Los hombres continuaron adorando á un solo Dios creador y conservador de todas las cosas; pero cada pueblo, cada ciudad y, por decirlo así, cada hombre creyó detener algún privilegio aparte y crearse protectores particulares cerca de su soberano dueño. No pudiendo repartirse la divinidad, se acrecieron por lo menos y se multiplicaron sin término sus agentes; el homenaje debido á los ángeles y á los santos, vino á ser para los cristianos un culto casi idólatra, y aún se pudo temer por un momento que la religión cristiana retrogradase hacia las otras que ella había vencido.

Es evidente que á medida que desaparecen las barreras que separan á las naciones en el seno de la humanidad y á los ciudadanos en el interior de los pueblos, el espíritu humano se dirige, como por sí, hacia la idea de un Sér único y Todopoderoso que gobierna igualmente y con las mismas leyes á todos los hombres. Por esto conviene, particularmente en los siglos de democracia, distinguir el homenaje que se rinde á los agentes secundarios, del culto debido al Creador.

Otra verdad me parece también evidente, y es que, en los siglos democráticos, las religiones deben sujetarse menos que en los demás á las prácticas exteriores.

Hice ver al hablar del método filosófico de los americanos que nada choca tanto al espíritu humano en épocas de igualdad como la idea de someterse á fórmulas. Los hombres de tales tiempos sufren con impaciencia las figuras; los símbolos les parecen artificios pueriles de que se valen para encubrir ó disfrazar á sus ojos las verdades que sería más natural presentar al mundo con sencillez y claridad; miran con indiferencia la práctica de las ceremonias, y propenden naturalmente á dar una importancia secundaria á los detalles del culto.

Los que se hallan encargados de arreglar la forma exterior de las religiones en los siglos democráticos deben fijar su atención en estos instintos naturales de la inteligencia humana, para no luchar contra ellos sin necesidad.

Creo firmemente en la necesidad de las formas; sé que ellas fijan el espíritu humano en la contemplación de las verdades abs-

tractas, y ayudándolo á comprenderlas bien se las hacen abrazar con ardor. No me figuro que se pueda mantener una religión sin prácticas exteriores; pero, por otra parte, pienso que en los siglos á que nosotros nos dirigimos sería muy arriesgado multiplicarlas sin medida; que conviene más bien disminuirlas, y que sólo se debe conservar lo que es absolutamente indispensable para la perpetuidad del dogma mismo, substancia de las religiones (1), cuyo culto no es sino la forma. Una religión más minuciosa, más inflexible y más llena de observancias, al tiempo mismo en que los hombres van haciéndose más iguales, no tardaría en verse reducida á un tropel de celadores apasionados en medio de una multitud incrédula.

Se me dirá que las religiones, teniendo todas por objeto verdades generales y eternas, no pueden doblegarse así á las tendencias mudables de los tiempos, y responderé de nuevo á esto, que es preciso distinguir cuidadosamente las opiniones principales que constituyen una creencia y que forman lo que los teólogos llaman artículos de fe de las nociones, las accesorias que las acompañan. Las religiones deben mantener firmes las primeras, cualquiera que sea el genio particular del siglo; pero no unirse del mismo modo á las segundas en los tiempos en que todo cambia continuamente de lugar y cuando el espíritu, acostumbrado al espectáculo variable de las cosas humanas, apenas puede sufrir que se le fije. La inmovilidad en las cosas exteriores y secundarias no me parece una dicha estable, sino cuando la misma sociedad civil es inmóvil; fuera de este caso, creo que es muy peligrosa.

Ya veremos que entre todas las pasiones que la igualdad hace nacer ó favorece, hay una particularmente viva que ella deposita en el corazón de todos los hombres: ésta es el amor del bienestar.

El gusto del bienestar es como el carácter distintivo é indeleble de los tiempos democráticos.

Es de creer que una religión que tratase de destruir esta pa-

(1) En todas las religiones hay ceremonias que son inherentes á la substancia misma de las creencias y á las cuales es necesario no cambiar nunca nada. Esto se ve sobre todo en el catolicismo, en donde con frecuencia la forma y el fondo se hallan tan estrechamente unidos que no hacen sino un solo objeto.

sión sería al fin destruída por ella; si quisiese separar del todo á los hombres de la contemplación de los bienes de este mundo, para reducirlos á pensar únicamente en los del otro, se puede prever que las almas huirían de sus manos para encenagarse sólo en los goces materiales y presentes.

El principal fin de las religiones es purificar, arreglar, restringir el deseo ardiente y demasiado exclusivo del bienestar que sienten los hombres en los siglos de igualdad; pero creo que harían mal en tratar de sujetarlo enteramente y destruirlo. Nunca conseguirán separar á los hombres del amor de las riquezas; pero bien pueden persuadirles á no enriquecerse sino por medios decorosos y honrados.

Esto me lleva hacia una última consideración que, en cierto modo, comprende todas las otras. A medida que los hombres se hacen más semejantes é iguales, conviene que las religiones, desviándose cuidadosamente del movimiento diario de los negocios, no choquen sin necesidad con las ideas generalmente admitidas y los intereses permanentes que reinan en las masas; porque la opinión común aparece siempre como el primero y más irresistible de los poderes, y no hay fuera de éstos tan fuerte apoyo que permita resistir largo tiempo á sus golpes; principio tan aplicable á un pueblo democrático sometido á un déspota como á una república. En los siglos de igualdad los reyes hacen á veces obedecer, pero siempre es la mayoría la que hace creer; á la mayoría es, pues, á quien se ha de tratar de complacer en todo lo que no sea contrario á la fe.

En mi primera obra manifesté que los sacerdotes americanos se alejan de los negocios públicos. Este es el ejemplo más brillante, pero no el único de su moderación. En América es la religión un mundo aparte, en donde el clérigo reina, pero de donde tiene buen cuidado de no salir nunca: dentro de sus límites él conduce la inteligencia; fuera de ellos, deja á los hombres entregados á sí mismos, y los abandona á la independencia y á la inconstancia propias de su naturaleza y del siglo. No he visto país en donde el cristianismo esté menos rodeado de fórmulas, de prácticas y de figuras que en los Estados Unidos, ni tampoco donde presente ideas más puras, simples y generales al espíritu humano.

Aunque los cristianos de América se dividan en una multitud

de sectas, todos consideran su religión desde este mismo punto de vista; pudiendo esto aplicarse al catolicismo igualmente que á las otras creencias. No hay clérigos católicos que manifiesten menos gusto por las pequeñas observancias individuales, y por los métodos particulares y extraordinarios de conseguir la salvación ni que se adhieran más al espíritu de la ley y menos á su letra, que los de los Estados Unidos; en ninguna parte se enseña con más claridad ni se sigue mejor la doctrina de la iglesia que prohíbe dar á los santos el culto que debe reservarse sólo á Dios. Con todo eso, los católicos de América son muy sumisos y sinceros.

Otra observación es aplicable al clero de todas las comuniones; los clérigos americanos no pretenden atraer ni fijar toda la atención del hombre hacia la vida futura, sino que abandonan voluntariamente una parte de su corazón á los cuidados de la presente, y se diría que consideran los bienes del mundo como objetos importantes, aunque secundarios; si no se asocian á la industria, se interesan á lo menos en sus progresos y los aplauden, y mostrando constantemente á los fieles el otro mundo como el gran objeto de sus temores y de sus esperanzas, nunca les prohíben el que busquen honradamente el bienestar del presente. Lejos de hacer ver que estas dos cosas se dividen y son contrarias, se aplican más bien á encontrar el punto por donde se tocan y se enlazan.

Todos los sacerdotes americanos conocen el imperio intelectual que ejerce la mayoría, y le respetan, no sosteniendo jamás con ella sino luchas necesarias. Ellos no se mezclan en las contiendas de los partidos, sino que adoptan gustosos las opiniones generales de su país y de su tiempo y siguen sin dificultad la corriente de sentimientos y de ideas que arrastran en pos de sí todas las cosas: se esfuerzan en corregir á sus contemporáneos, pero no se separan de ellos. Jamás la opinión pública es su enemiga; ella los sostiene más bien y los protege, y sus creencias reinan á la vez por las fuerzas que les son propias y por las que les presta la mayoría.

De este modo, la religión, respetando todos los instintos democráticos que no le son contrarios y auxiliada por muchos de ellos, viene á luchar con ventaja contra el espíritu de independencia individual, que es el más peligroso para ella.
